



La Santa Sede

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

SANTA MISA E IMPOSICIÓN DEL PALIO
A LOS NUEVOS METROPOLITANOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Basílica Vaticana

Lunes 29 de junio de 2009

Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:

Dirijo a cada uno mi saludo cordial con las palabras del Apóstol, junto a cuya tumba nos encontramos: "A vosotros gracia y paz abundantes" (1 P 1, 2). Saludo en particular a los miembros de la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla y a los numerosos arzobispos metropolitanos que hoy reciben el palio. En la oración colecta de esta solemnidad hemos pedido al Señor "que su Iglesia se mantenga siempre fiel a las enseñanzas de aquellos que fueron fundamento de nuestra fe cristiana". Esta petición que dirigimos a Dios nos interpela también a nosotros: ¿Seguimos la enseñanza de los grandes Apóstoles fundadores? ¿Los conocemos de verdad?

En el Año paulino que se concluyó ayer tratamos de escucharlo de modo nuevo a él, el "maestro de los gentiles", y de aprender así nuevamente el alfabeto de la fe. Tratamos de reconocer a Cristo con san Pablo y mediante san Pablo, y de encontrar así el camino para la vida cristiana recta. En el canon del Nuevo Testamento, además de las cartas de san Pablo, se encuentran también dos cartas bajo el nombre de san Pedro. La primera de ellas se concluye explícitamente con un saludo desde Roma, pero a la que se presenta con el nombre apocalíptico de Babilonia: "Os saluda la que está en Babilonia, elegida como vosotros..." (1 P 5, 13). Al llamar a la Iglesia de

Roma "elegida como vosotros", la sitúa en la gran comunidad de todas las Iglesias locales, en la comunidad de todos los que Dios ha congregado, para que en la "Babilonia" del tiempo de este mundo construyan su pueblo y hagan que Dios entre en la historia. La *primera carta de san Pedro* es un saludo dirigido desde Roma a la cristiandad entera de todos los tiempos. Nos invita a escuchar "la enseñanza de los Apóstoles", que nos señala el camino hacia la vida.

Esta carta es un texto muy rico, que brota del corazón y toca el corazón. Su centro es —no podía ser de otra manera— la figura de Cristo, presentado como Aquel que sufre y ama, como crucificado y resucitado: "El que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba; (...) con cuyas heridas habéis sido curados" (1 P 2, 23-24).

Partiendo del centro, que es Cristo, la carta constituye también una introducción a los sacramentos cristianos fundamentales del Bautismo y la Eucaristía, y un discurso dirigido a los sacerdotes, en el que san Pedro se califica como co-presbítero juntamente con ellos. Habla a los pastores de todas las generaciones como aquel a quien el Señor encargó personalmente que apacentara a sus ovejas y así recibió de modo particular un mandato sacerdotal.

Así pues, ¿qué nos dice san Pedro, precisamente en el Año sacerdotal, acerca de la misión del sacerdote? Ante todo, comprende el ministerio sacerdotal totalmente a partir de Cristo. Llama a Cristo el "pastor y guardián de las almas" (1 P 2, 25). En el texto griego la palabra "guardián" se expresa con el término *episcopos* (obispo). Un poco más adelante a Cristo se le califica como el Pastor supremo, *archipoimen* (1 P 5, 4). Sorprende que san Pedro llame a Cristo mismo "obispo", "obispo de las almas". ¿Qué quiere decir con esa expresión? En la raíz de la palabra griega "*episcopos*" se encuentra el verbo "ver"; por eso, se suele traducir por "guardián", es decir, "vigilante". Pero ciertamente no se refiere a una vigilancia externa, como podría ser la del guardián de una cárcel. Más bien, se entiende como un "ver desde lo alto", un ver desde la altura de Dios. Ver desde la perspectiva de Dios es ver con un amor que quiere servir al otro, que quiere ayudarlo a llegar a ser lo que debe ser.

Cristo es el "obispo de las almas", nos dice san Pedro. Eso significa que nos ve desde la perspectiva de Dios. Contemplando desde Dios, se tiene una visión de conjunto, se ven los peligros al igual que las esperanzas y las posibilidades. Desde la perspectiva de Dios se ve la esencia, se ve al hombre interior. Si Cristo es el obispo de las almas, el objetivo es evitar que en el hombre el alma se empobrezca; hacer que el hombre no pierda su esencia, la capacidad para la verdad y para el amor; hacer que el hombre llegue a conocer a Dios, que no se pierda en callejones sin salida, que no se pierda en el aislamiento, sino que permanezca abierto al conjunto.

Jesús, el "obispo de las almas", es el prototipo de todo ministerio episcopal y sacerdotal. Desde esta perspectiva, ser obispo, ser sacerdote, significa asumir la posición de Cristo. Pensar, ver y obrar desde su posición elevada. A partir de él estar a disposición de los hombres, para que encuentren la vida.

Así, la palabra "obispo" se acerca mucho al término "pastor"; más aún, los dos conceptos se pueden intercambiar. La tarea del pastor consiste en apacentar, en cuidar la grey y llevarla a buenos pastos. Apacentar la grey quiere decir encargarse de que las ovejas encuentren el alimento necesario, de que sacien su hambre y apaguen su sed. Sin metáfora, esto significa: la Palabra de Dios es el alimento que el hombre necesita. Hacer continuamente presente la Palabra de Dios y dar así alimento a los hombres es tarea del buen pastor. Y este también debe saber resistir a los enemigos, a los lobos. Debe preceder, indicar el camino, conservar la unidad de la grey.

San Pedro, en su discurso a los presbíteros, pone de relieve también otra cosa muy importante. No basta hablar. Los pastores deben ser "modelos de la grey" (1 P 5, 3). La Palabra de Dios, cuando se vive, es trasladada del pasado al presente. Es admirable ver cómo en los santos la Palabra de Dios se transforma en una palabra dirigida a nuestro tiempo. En santos como Francisco, como el padre Pío y muchos otros, Cristo se hace verdaderamente contemporáneo de su generación, sale del pasado y entra en el presente. Ser pastor, modelo de la grey, significa vivir la Palabra ahora, en la gran comunidad de la Iglesia santa.

Ahora quiero llamar brevemente vuestra atención sobre otras dos afirmaciones de la *primera carta de san Pedro* que se refieren de modo especial a nosotros, en nuestro tiempo. Ante todo, la frase, hoy redescubierta, sobre cuya base los teólogos medievales comprendieron su tarea, la tarea del teólogo: "Adorad al Señor, Cristo, en vuestro corazón, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza" (1 P 3, 15). La fe cristiana es esperanza. Abre el camino hacia el futuro. Y es una esperanza que posee racionalidad; una esperanza cuya razón podemos y debemos exponer. La fe procede de la Razón eterna que entró en nuestro mundo y nos mostró al verdadero Dios. Supera la capacidad propia de nuestra razón, del mismo modo que el amor ve más que la simple inteligencia. Pero la fe habla a la razón y, en la confrontación dialéctica, puede resistir a la razón. No la contradice, sino que avanza juntamente con ella y, al mismo tiempo, conduce más allá de ella: introduce en la Razón más grande de Dios.

Como pastores de nuestro tiempo tenemos la tarea de ser los primeros en comprender la razón de la fe. La tarea de no dejar que quede simplemente como una tradición, sino de reconocerla como respuesta a nuestros interrogantes. La fe exige nuestra participación racional, que se profundiza y se purifica en una comunión de amor. Forma parte de nuestros deberes de pastores penetrar la fe con el pensamiento para ser capaces de mostrar la razón de nuestra esperanza en el debate de nuestro tiempo.

Con todo, pensar —aunque es muy necesario—, por sí solo, no basta; del mismo modo que hablar, por sí solo, no basta. En su catequesis bautismal y eucarística en el capítulo segundo de su carta, san Pedro alude al Salmo que se usaba en la Iglesia primitiva en el contexto de la comunión, es decir, en el versículo que dice: "Gustad y ved cuán bueno es el Señor" (*Sal* 34, 9; cf. 1 P 2, 3). Sólo gustar lleva a ver. Pensemos en los discípulos de Emaús: sus ojos sólo se

abren a la hora de la comunión durante la cena con Jesús, en la fracción del pan. Sólo en la comunión con el Señor, verdaderamente experimentada, logran ver. Eso vale para todos nosotros: más que pensar y hablar, necesitamos la experiencia de la fe, de la relación vital con Jesucristo.

La fe no debe quedarse en teoría: debe convertirse en vida. Si en el sacramento encontramos al Señor; si en la oración hablamos con él; si en las decisiones de la vida diaria nos adherimos a Cristo, entonces "vemos" cada vez más claramente cuán bueno es. Entonces experimentamos cuán bueno es estar con él. De esa certeza vivida deriva luego la capacidad de comunicar la fe a los demás de modo creíble. El cura de Ars no era un gran pensador, pero "gustaba" al Señor. Vivía con él hasta en los detalles más insignificantes de su vida diaria, además de en las grandes exigencias del ministerio pastoral. De este modo llegó a ser una "persona que veía". Había gustado, y por eso sabía que el Señor es bueno. Pidamos al Señor que nos conceda este gustar, a fin de que así seamos testigos creíbles de la esperanza que está en nosotros.

Por último, quiero destacar otra palabra pequeña, pero importante, de san Pedro. Al inicio de la carta nos dice que la meta de nuestra fe es la salvación de las almas (cf. *1 P 1, 9*). En el ámbito del lenguaje y del pensamiento de la cristiandad actual parece una afirmación extraña, para algunos tal vez incluso escandalosa. La palabra "alma" ha caído en descrédito. Se dice que esto llevaría a una división del hombre en espíritu y físico, en alma y cuerpo, mientras que en realidad él sería una unidad indivisible. Además, "la salvación de las almas" como meta de la fe parece indicar un cristianismo individualista, una pérdida de responsabilidad con respecto al mundo en su conjunto, en su corporeidad y en su materialidad. Pero nada de todo esto se encuentra en la carta de san Pedro. El celo por el testimonio en favor de la esperanza, la responsabilidad por los demás caracterizan todo el texto.

Para comprender la palabra sobre la salvación de las almas como meta de la fe debemos partir de otro lado. Sigue siendo verdad que el desinterés por las almas, el empobrecerse del hombre interior, no sólo destruye a la persona misma, sino que además amenaza el destino de la humanidad en su conjunto. Sin la curación de las almas, sin la curación del hombre desde dentro, no puede haber salvación para la humanidad. Para san Pedro, aunque nos sorprenda, la verdadera enfermedad de las almas es la ignorancia, es decir, no conocer a Dios. Quien no conoce a Dios, quien al menos no lo busca sinceramente, queda fuera de la verdadera vida (cf. *1 P 1, 14*).

Hay otra palabra de la carta que puede ayudarnos a comprender mejor la fórmula "salvación de las almas": "Purificad vuestras almas con la obediencia a la verdad" (cf. *1 P 1, 22*). La obediencia a la verdad es lo que purifica el alma. Y convivir con la mentira es lo que la contamina. La obediencia a la verdad comienza con las pequeñas verdades de la vida diaria, que a menudo pueden ser costosas y dolorosas. Esta obediencia se extiende después hasta la obediencia sin reservas ante la Verdad misma, que es Cristo. Esta obediencia no sólo nos hace puros, sino

sobre todo libres para el servicio a Cristo, y así para la salvación del mundo, que siempre comienza con la purificación obediente de la propia alma mediante la verdad. Sólo podemos indicar el camino hacia la verdad si nosotros mismos, con obediencia y paciencia, nos dejamos purificar por la verdad.

Y ahora me dirijo a vosotros, queridos hermanos en el episcopado, que en esta hora recibiréis de mi mano el palio. Ha sido tejido con la lana de los corderos que el Papa bendice en la fiesta de santa Inés. De este modo, recuerda los corderos y las ovejas de Cristo, que el Señor resucitado encomendó a Pedro con la tarea de apacentarlos (cf. *Jn* 21, 15-18). Recuerda la grey de Jesucristo, que vosotros, queridos hermanos, debéis apacentar en comunión con Pedro. Nos recuerda a Cristo mismo, que como buen Pastor tomó sobre sus hombros a la oveja perdida, a la humanidad, para llevarla de nuevo a casa. Nos recuerda el hecho de que él, el Pastor supremo, quiso hacerse él mismo Cordero, para hacerse cargo desde dentro del destino de todos nosotros; para llevarnos y curarnos desde dentro.

Pidamos al Señor que nos conceda ser, siguiendo sus huellas, buenos pastores, "no forzados, sino voluntariamente, según Dios (...), con prontitud de ánimo (...), modelos de la grey" (*1P* 5, 2-3). Amén.